

DIOS QUE COMENZÓ EN TÍ LA OBRA BUENA, ÉL MISMO LA LLEVE A TÉRMINO

Apuntes para vivir la formación permanente

Ramón Tapia R.

I- Introducción

En los últimos tiempos la Santa Sede y de forma especial el Santo Padre ha mostrado su solicitud pastoral hacia los presbíteros. El Papa nos envía todos los jueves Santos una carta para vivir ese día en la fe. En cada visita pastoral siempre guarda un momento y un mensaje para los presbíteros. El 25 de mayo de 1992 nos ofreció la *Pastores Dabo Vobis* (en adelante: *PDV*) que, a pesar de hablar de la formación inicial del presbítero también se ocupa en el capítulo VI de la formación permanente de los sacerdotes: «Te recomiendo que reanimes el carisma de Dios que hay en tí». La Congregación para el Clero nos entregó el *Directorio para la vida y el ministerio de los presbíteros* (en adelante: *Directorio*), el 31 de enero de 1994. Me motiva también la alusión que hizo el Santo Padre a los Obispos chilenos en la visita *ad limina* del 18 de Octubre de 1994 donde los felicitó por preocuparse de la formación permanente de los presbíteros.

Toda esta preocupación es signo del lugar que ocupa el presbítero en la Iglesia y delante de la Iglesia.

He querido en este artículo hacer hincapié en la formación permanente del presbítero porque ella «ayuda al sacerdote a custodiar con amor vigilante el misterio del que es portador para el bien de la

Iglesia y de la humanidad»¹. Que lo que el Señor comenzó en nosotros como un germen, un inicio, madure y llegue a su término, para nuestro bien y el de toda la Santa Iglesia.

El protagonista de la formación, que es el Espíritu Santo², necesita de nuestra disposición y apertura para recibirlo. La formación permanente juega el importante papel de abrirnos al Don de Dios que transforma siempre nuestra vida.

Siguiendo principalmente la *PDV* y el *Directorio* intentaré meditar sobre nuestra formación permanente como presbíteros en la Iglesia y en el mundo.

Primero trataré la interrelación entre la formación inicial y la formación permanente y luego presentaremos la formación permanente como un proceso dinámico del cuidado de sí mismo que implica la conversión, la renovación y la santificación. Terminó con una conclusión que une la formación permanente con la nueva evangelización.

II- Formación inicial y formación permanente

Todos los presbíteros hemos recibido una formación inicial en nuestros seminarios y casas de formación. Allí hemos sido iniciados y se nos entregaron los fundamentos básicos, lo que significa que nuestra formación no está completa. Necesita perfeccionarse siempre, por lo que el presbítero que se queda sólo con lo que recibió en sus años de formación inicial no crece a la medida de su ministerio. Además, aunque nuestra formación presbiteral en las casas de formación fue prolongada es verdad también que fue muy teórica y conceptual. El estudio ocupó la mayor parte del tiempo. El ambiente de Seminario que es recogido y tranquilo nos hizo vivir una vida protegida y, en parte, alejada de la realidad.

Este ambiente no existe en los trabajos pastorales y la formación inicial puede sufrir la crisis de la discontinuidad o la deformación de las cuales «se seguirían inmediatamente, consecuencias graves para la actividad pastoral y para la comunión fraterna entre los presbíteros»³.

La vida pastoral prueba como el fuego al oro nuestra primera formación. Y si no nos hemos arraigado profundamente en el Señor caemos fácilmente en la tentación del fariseo o del funcionario, es decir, hacemos actos litúrgicos o caritativos que no tienen raíz sobrenatural. Responden sólo a la buena voluntad de la persona, no nos implicamos en ellos. Este doblez de corazón impide o dificulta vivir realmente el

¹ JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis*, 72.

² *Idem*, 69.

³ *Idem*, 21.

sacerdocio, pues el presbiterado es de tal naturaleza, que vivido a medias, es despojarlo de lo más auténtico. Es cierto que siempre habrá una incoherencia entre nuestro ser de presbítero y nuestra vida, pero lo que no es sano es contentarnos o asentarnos en nuestra mediocridad.

Si la formación inicial no se completa día a día, se vacía de contenido, y esto se nota: un sacerdote que está vivo en el seguimiento del Señor está alegre, tiene celo pastoral, sufre con fe, ora y celebra con autenticidad, sigue formándose y nunca se instala en lo ya aprendido. Si la formación permanente no existe, el sacerdocio se va vaciando y llega la tristeza, la desobediencia, las opciones radicales vacías de amor, la esterilidad apostólica, el apego al dinero o a los bienes. Sólo con una formación permanente y seria se puede disminuir la brecha entre fe y existencia que neurotiza nuestra vida de presbíteros.

La formación permanente nos llevará a la humildad de reconocer verdaderamente nuestros límites: «No sé hablar, soy un muchacho» (Jr 1,6), y entregarnos al Dios rico en misericordia que nos sana y restaura.

La formación permanente nos ayudará a ver que no basta con hacer muchas cosas y a la rápida y tratando siempre de cumplir al límite de nuestras fuerzas, lo que es sumamente desgastador y normalmente estéril. La formación permanente nos llevará a hacer pocas cosas pero vividas con el Señor, lo que hará alimentarnos de lo mismo que damos y hacer de cada acción pastoral un real encuentro con el Señor Resucitado. Así tendremos con nosotros la fuerza de lo alto (cfr. Jn 3,5) que nos hará experimentar siempre que lo imposible para los hombres es fácil y posible para Dios (cfr. Lc 1,37):

III- La formación permanente, como un continuo trabajo sobre sí mismo⁴

Sabemos por experiencia que el que no se forma constantemente se deforma, es decir, pierde su forma, no se adecúa al modelo que, para el presbítero, es Jesucristo, Buen Pastor (cfr. Jn 10). En cambio aquel que se forma, que trabaja sobre sí mismo puede ser transformado, renovado. En la *Christifideles Laici* el Santo Padre habla de la formación de los laicos, poniendo como fundamento el deseo personal, cosa que también se aplica al presbítero. Dice el Papa: «Antes que nada (existe), la convicción de que no se da la formación verdadera y eficaz si cada uno no asume y desarrolla por sí mismo la responsabilidad de la formación»⁵:

⁴ Para lo que sigue, cfr. *Directorio*, 70.

⁵ JUAN PABLO II, *Christifideles Laici*, 63.

También el Papa en ese mismo número nos hace ver que sólo si nos formamos podremos dar frutos: «Cuanto más nos formamos, más sentiremos la exigencia de proseguir y profundizar tal formación; como también cuanto más somos formados, más nos hacemos capaces de formar a los demás».

Lamentablemente sucede que lo escrito por el Papa se da al revés; es decir, que mientras menos nos formamos, más nos conformamos con lo que sabemos y hacemos. Al parecer, se frena un dinamismo muy importante de la gracia divina.

Existe el peligro de estancarnos en la mediocridad, en la tibieza, en la superficialidad. Por esto nos advierte el Santo Padre «Así, el sacerdote puede verse tentado de presumir de sí mismo como si la propia experiencia personal, ya demostrada, no tuviese que ser contrastada con nada ni con nadie»⁶. Así se abandona el trabajo sobre sí mismo y se empobrece nuestra vida ministerial olvidándose los verdaderos motivos.

Por eso insiste la *PDV* «que cada sacerdote es el primer responsable de la formación permanente». Y más adelante: «La formación permanente mantiene la juventud del espíritu, que nadie puede imponer desde fuera, sino que cada uno debe encontrar continuamente en su interior. Solo el que conserva siempre vivo el deseo de aprender y crecer posee esta juventud»⁷.

El Cardenal Sánchez en la introducción al *Directorio* dice estas luminosas palabras: «Tenemos el deseo de que este directorio pueda ayudar a cada sacerdote para profundizar en la propia identidad y para incrementar la propia vida espiritual, un alimento para el ministerio y para la realización de la propia formación permanente, de la cual cada uno es agente».

Aunque la Iglesia nos dice quienes son los responsables de la formación permanente, insiste mucho en que «los reglamentos o normas de la autoridad eclesiástica (...) no bastan para hacer apetecible la formación permanente si el individuo no está personalmente convencido de su necesidad y decidido a valorar sus ocasiones, tiempos y formas»⁸.

Los presbíteros somos formados para ser formadores, para volcarnos a los demás. Nos hacen ver o nos creemos que ya estamos formados y que debemos formar a los demás. Nos olvidamos de la formación permanente de nosotros mismos. Nos creemos ya justificados, ya totalmente formados y nos olvidamos que nadie da lo que no tiene. Por eso nuestro primer apostolado es evangelizarnos a

⁶ *Pastores Dabo Vobis*, 77.

⁷ *Idem*, 79

⁸ *Ibid.*

nosotros mismos antes de llevar el evangelio a los demás. La Eucaristía no es sólo un servicio para los demás, es primeramente una gracia para el presbítero. Reconciliar a los penitentes no es sólo un trabajo pastoral, sino también es misericordia para el sacerdote. Y esto no es signo del egoísmo sino de la verdadera vitalidad. San Pablo le dice a su discípulo Timoteo: «Combate, penetrado de ellas, el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta...» (1 Tim 1,18ss). Y en 6,11ss: «Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna a la que has sido llamado...». Y en la segunda carta a Timoteo: «Tú en cambio, persevera en lo que aprendiste y en lo que creíste» (3,14).

La formación permanente es el llamado del Señor a cuidarse a sí mismo.

El ministerio presbiteral es un misterio de fe. Si no lo vivimos y lo cuidamos así, lo reduciremos y no lo entenderemos. Los fieles de la Iglesia y los alejados, los neo-paganos necesitan para creer, esperar y amar a hombres de Dios, hombres traspasados por el Espíritu.

Por eso el tiempo que gasto en cuidarme, en formarme, en leer, en meditar, en confesarme, en los retiros o tiempos de desierto son vitales para que toda la pastoral tenga la vida de Dios.

«Cuidate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado» (Gal 6,1).

IV- La formación permanente, proceso de continua conversión⁹

Nosotros como presbíteros muchas veces llamamos a la conversión a los demás fieles, especialmente en adviento, cuaresma y en liturgias penitenciales. Pero ese llamado tan importante debe resonar en primer lugar en nuestro corazón, en nuestra conciencia. La conversión nunca es algo totalmente hecho, es algo diario. El justo peca siete veces dice la Escritura (cfr. Prov 24,16) y esas veces debe volverse hacia el Señor. Convertirse es buscar amar a Dios como el único, por sobre todas las cosas y las personas. Convertirse es salir de las idolatrías del yo, de la eficiencia, del dinero, para vivir sólo del amor eterno de Dios.

La vida cristiana y presbiteral no es estática, sino dinámica. No estamos justificados en gracia. Sin conversión uno puede justificar todo y hacer de su vida un divorcio con la fe que predica. Sin conversión caemos en el moralismo de exigir a los demás lo que no nos exigimos a nosotros mismos. Sin conversión pactamos con nuestros pecados y dejamos de luchar.

⁹ Para lo que sigue, cfr. *Pastores Dabo Vobis*, 70.

El Papa JUAN PABLO II en Chile, el 1 de abril de 1987, nos dijo a los sacerdotes: «Si el sacerdote ha de conducir a las almas por este camino de la conversión, el mismo deberá recorrerlo, convirtiéndose a Dios, volviéndose hacia Él, cuantas veces sea preciso. Debeis estar permanentemente abiertos a Cristo, fuente de esa redención, de la que sois instrumentos en las manos de Dios»¹⁰. Es decir, cualquier acto de nuestro ministerio debe pasar por nuestra vida. La gracia de la conversión es necesaria en el presbítero para que viva de la misericordia de Dios y no de su supuesta bondad.

«Ciertamente hay una fisonomía esencial del sacerdote que no cambia: en efecto el sacerdote de mañana, no menos que el de hoy, deberá asemejarse a Cristo. Cuando vivía en la tierra, Jesús reflejó en sí mismo el rostro definitivo del presbítero...»¹¹. El presbítero no debe contentarse con avanzar algo en la vida espiritual o vencer ciertos defectos o sólo madurar en su personalidad humana. No basta que se compare con los demás presbíteros o fieles, sino que debe compararse a Jesucristo y ahí aparece su real dimensión: su necesidad permanente de convertirse, de volverse al modelo, al que mostró "el rostro definitivo del presbítero", Jesucristo. Mirando a Jesús que es la Luz, aparecen nuestras sombras. Contemplando a Jesús que es la Verdad, vemos nuestras contradicciones, nuestras incoherencias e hipocresías. Viendo a Jesucristo que es el amor eterno y redentor, vemos nuestro pobre corazón de piedra que necesita la conversión para ser transformado en un corazón de carne (cfr. Ez 36,27).

La conversión no es algo triste. Por el contrario, es la alegría de saber que el Señor sigue sanándonos, redimiéndonos. Es experimentar existencialmente que el Señor no quiere la muerte del pecador. El Señor siempre quiere entrar en las profundidades más íntimas de nuestra mente y nuestro corazón. Quiere reinar en el presbítero.

Convertirse es reconocer que Jesús aún no llena todo nuestro corazón. Es reconocer que necesitamos el perdón de los pecados. Conversión es pedirle humildemente al Señor que Él crezca y muramos nosotros: «El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga» (Lc 9,23; cfr. Jn 3,30). El presbítero renuncia a su propia vida porque está expropiado por el amor de Dios para el servicio de los fieles. La conversión profunda nace de reconocer que Dios nos amó primero (cfr. Jn 4,9ss) y que nos sigue amando y nos sigue buscando. Creer que Él nos ama más que lo que nosotros nos amamos (cfr. Jn 3,1).

¹⁰ *Discurso a los sacerdotes, religiosos, diáconos y seminaristas*, 6.

¹¹ *Pastores Dabo Vobis*, 5.

El *Directorio* concluye diciendo: «El testimonio dado con la vida es lo que eleva al presbítero, ese testimonio es además, la más elocuente predicación». De nada sirve el "hacer", si falta el "estar con Cristo".

Para convertir al mundo pagano y a los cristianos tibios o alejados de hoy, el presbítero debe recorrer primero ese camino para anunciarlo con autenticidad.

El Santo Padre en la *Tertio Millenio Adveniente*, para preparar el año 2000, nos invita a todos los cristianos a hacer penitencia: «La Iglesia, aún siendo santa por su incorporación a Cristo, no se cansa de hacer penitencia: ella siempre reconoce como suyos, delante de Dios y delante de los hombres, a los hijos pecadores. Afirma al respecto la Lumen Gentium "La Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesita de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación (...) La Iglesia no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes"»¹².

Si el Santo Padre llama a esto a todos los fieles, a *fortiori* a los que presidimos las asambleas litúrgicas.

V- La formación permanente, signo de renovación

La vida cristiana del presbítero tiene muchos peligros, pero el más sutil es lo que la tradición de la Iglesia llama la "tibieza", el "aburguesamiento", la "instalación". Para describir estos fenómenos, sigo un trabajo del presbítero SEGUNDO GALILEA: *Tentaciones y discernimiento*, del Centro de espiritualidad ignaciana (1991).

Los fenómenos que impiden la renovación y que estancan en la mediocridad espiritual y pastoral al presbítero son principalmente dos:

a) El activismo:

esto no significa ser muy activo; el activismo se produce en la medida que aumenta la distancia y la incoherencia entre lo que el presbítero hace y dice. Hay inadecuación entre el ser y el actuar. Hay una falta de renovación en la vida personal del apóstol. De modo sistemático la oración es insuficiente y deficiente. No hay tiempos prolongados de soledad y retiro. No se cultiva el estudio y apenas se lee. Esta falta de renovación interior se disfraza con una actividad irrefrenable, donde lo más importante es el hacer cosas buscando poner el alma en

¹² JUAN PABLO II, *Tertio Millenio Adveniente*, 33.

los medios de apostolado y no en la acción potente de la gracia de Dios. Normalmente esto lleva al desaliento, al desánimo, a la indiferencia, hijos todos del orgullo.

b) La instalación:

Esta tentación corroe en el presbítero el espíritu de superación en todos los aspectos. Se instala en sus propios defectos y estilo pastoral. Ha luchado, pero ya no lo hace; negocia con su mediocridad. El dinamismo espiritual está detenido, y bajo un exterior honesto hay mediocridad interior. Desalentado, no tiene suficiente confianza ni esperanza en Dios para mejorar, y tácitamente ha pactado con sus defectos y mediocridades. Puede que asista a reuniones y cursos de renovación, pero éstos no lo influyen. Sólo desea que lo dejen tranquilo, instalado en su pastoral.

Estas dos tentaciones son tan sutiles que necesitamos mucha oración, mucha luz del Espíritu para descubrirlas y así comenzar un camino de renovación interior. La formación permanente es el gran medio para vencer estas tentaciones.

El apartarse del trabajo para orar mejor, para profundizar, para entrar en un contacto íntimo con el Señor es vital para la existencia presbiteral.

El Señor no quiere dejarnos en una edad infantil. Hay en nosotros, por la gracia sacramental, una potencialidad enorme que va más allá de nuestras propias fuerzas y de nuestra debilidad. Sólo el Espíritu renueva todas las cosas. El hombre viejo en nosotros reaparece a cada rato y lucha contra ese hombre nuevo que el Señor quiere moldear en cada uno. Para que Dios actúe es importante reconocer nuestro activismo y nuestra instalación. No somos funcionarios rutinarios, sino que somos testigos del Dios vivo, de Jesucristo resucitado, del Espíritu santificador. «Precisamente porque la formación permanente es una continuación de la del Seminario, su finalidad no puede ser una mera actitud, que podría decirse, "profesional", conseguida mediante el aprendizaje de algunas técnicas pastorales nuevas. Debe ser más bien el *mantener vivo* un proceso general e integral de continua maduración, mediante la profundización...»¹³.

Siempre tendemos a envejecernos, a quedarnos amarrados a nuestros pobres y estériles esquemas. Para hacer una pastoral de Nueva Evangelización se necesitan nuevos evangelizadores. Nuevos por dentro. Renovados interiormente. De lo contrario, no hay Nueva

Evangelización. Debemos volver a escuchar el Evangelio con oídos vírgenes para que sea Buena Noticia para nosotros en primer lugar, y así la demos a los demás. San Juan describe lo que es un cristiano diciendo: «nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16a). Conocemos y creemos que Dios nos ama, por eso hablamos y celebramos.

Para comprometerse en la Nueva Evangelización hay que ser evangelizados nuevamente. El Papa PABLO VI dice: «Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma (...) y tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor»¹⁴.

El cristiano está llamado a ser sal de la tierra. La comodidad o la instalación hace que nuestra sal se vuelva sosa, no sale, no sirva para nada. Sólo renovando nuestra vida con la formación y profundización permanente podremos ser efectivamente la sal que el mundo necesita.

VI- La formación permanente como camino específico de santidad¹⁵

El Señor nos dice que Él es santo, puro, limpio, y que nos llama a ser santos como Él (cfr. Lev 11,45s). Es un llamado profundo para realizar en plenitud nuestra vocación cristiana. No frustrarla. No quedarnos a mitad de camino. El Santo Padre dice que «el hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente»¹⁶. La santidad es experimentar en plenitud el Amor que es Dios, vivir creyendo que Dios nos amó primero y nos sigue amando. Y ese amor inmerecido y eterno nos redime, nos eleva, nos santifica. Y con ese amor en nuestro interior podemos amar, incluso, a nuestros enemigos (cfr. Mt 5,44). La santidad es dejarse invadir por el Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones como en la Virgen María: La santidad es amar con Dios, es amar en Dios, es amar desde el corazón de Dios.

Este llamado, nos dice *Lumen Gentium*, es una vocación universal en la Iglesia. Todo cristiano, desde el bautismo, tiene un germen de santidad, una semilla de "divinización". En la oración de consagración del presbítero, el obispo ora así: «Te pedimos Dios Todopoderoso, que confieras a estos siervos tuyos la dignidad del

¹⁴ *Evangelii Nuntiandi*, 15.

¹⁵ Para lo que sigue cfr. *Pastores Dabo Vobis*, 82.

¹⁶ JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, 10.

presbiterado; *renueva en sus corazones el Espíritu de santidad...*». Dios es santo, y Él nos hace santos. Si verdaderamente escuchamos su Palabra, ella nos santifica; si comulgamos con fe, Él vive en nosotros. Pero esta llamada universal a la santidad se hace más específica en el presbítero. Debemos tratar "santamente las cosas santas". Nuestro ministerio nos hace vivir en contacto diario con las realidades sobrenaturales. En nuestra ordenación sacerdotal, al entregarnos los vasos sagrados, el obispo nos exhortó: «Considera lo que realizas, e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor».

Porque es verdad que «Cristo está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza...»¹⁷. También, cuando los presbíteros pronunciamos las palabras del perdón, es Cristo quien perdona. Cuando predicamos la Palabra, es Jesucristo que enseña y exhorta. Cuando celebramos la Eucaristía, Jesucristo renueva su Sacrificio, su Pascua y se nos da como el Pan de la Vida. Por eso el VATICANO II insiste que la santificación de los presbíteros se realiza en el propio ministerio, porque «no podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de una vida distinta de la terrena... Su propio ministerio exige por título especial que no se configuren con este siglo»¹⁸. Es decir, que los presbíteros no debemos buscar una vía distinta para vivir la santidad, sino que nuestro servicio a las realidades sobrenaturales puede sobrenaturalizar nuestra vida. El mismo ministerio nos llama a lo sobrenatural, a lo que excede nuestras capacidades naturales. La santidad es el Don de Dios. Las mismas acciones sagradas se ordenan a la perfección de vida. El actuar en persona de Cristo Cabeza¹⁹, estimula, llama y da la gracia de la santidad al sacerdote.

Para vivir en santidad, la formación permanente es esencial porque sólo volviendo al amor primero (cfr. Ap 2,4) viviremos el sacerdocio en santidad y plenitud. En nosotros, presbíteros, hay un germen potente, un germen divino de santidad que llegará a plenitud si reavivamos constantemente el carisma de Dios que está en nosotros (cfr. 2 Tim 1,6).

¹⁷ CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 7.

¹⁸ *Presbyterorum Ordinis*, 3.

¹⁹ *Ibid.*

VII- Conclusión: la urgencia de la formación permanente para la Nueva Evangelización

Toda la formación inicial y permanente de los presbíteros, no tiene un fin sólo subjetivo, sino que este don debe dar frutos a la Iglesia.

La formación permanente bien vivida, capacita pastoral y espiritualmente al presbítero para hacer de su misión una presencia de Cristo en el mundo de hoy. La conclusión del *Directorio* dice: «la Nueva Evangelización requiere nuevos evangelizadores y éstos son los sacerdotes, que se esfuerzan por vivir su ministerio como camino específico hacia la santidad. ¡Las obras de Dios las hacen los hombres de Dios!». En nuestro mundo tan alejado del Señor y que se paganiza cada vez más, sólo un presbítero que sea hombre de Dios será guía, consuelo y padre de los hombres. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo, con los extravíos de su personalidad, con los sincretismos, con la religiosidad popular, con las crisis matrimoniales nos urgen a ser presbíteros que se sientan y vivan salvados por el Señor.

PABLO VI nos ha dicho: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan; o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio»²⁰.

La evangelización de nuestro mundo contemporáneo nos lleva a los sacerdotes a ser "presbíteros", ancianos en su dimensión existencial: ser verdaderos sabios, padres, testigos de lo que predicamos como lo más importante de nuestra vida. «Ay de mí si no predicara el evangelio» nos grita san Pablo (1 Cor 15). Que este gran apóstol nos ayude a vivir nuestro ministerio presbiteral-con alegría, esperanza y amor, buscando en la formación permanente un proceso divino que nos convierta, renueve y santifique.

He escrito este pequeño artículo convencido de la gran necesidad que existe de formarse y renovarse constantemente, queriendo con esto ayudar y convencer a mis hermanos presbíteros.

Que la Virgen María, Madre de los sacerdotes, cuide nuestro sacerdocio, viendo en nosotros presbíteros, los signos de su Hijo Jesucristo para el mundo de hoy.

Que ella nos enseñe también a guardar la Palabra en el corazón, y a cantar las grandezas del Señor, que quiere hacer en nosotros, como lo hizo en ella, grandes maravillas

17

²⁰ *Evangelii Nuntiandi*, 41.

